

EL GOBIERNO DEL APETITO

Margarita Salazar

Las mujeres, como cualquier ser humano, somos muy diversas. No todas responden a la figura que se idealiza, más bien, tenemos cuerpos que han sido moldeados, no sólo por nuestros propios hábitos, sino también por particularidades sociales y hereditarias. María Hernández Ruiz y otros autores, quienes laboran en el Centro de Investigación en Nutrición del Departamento de Ciencias de la Alimentación y Fisiología en la Universidad de Navarra, sostienen que la conducta alimentaria es el conjunto de factores ambientales, cognitivos y, por supuesto, biológicos. Entre los primeros influye lo social, lo económico, la cultura, la religión, educación, clima, publicidad y disponibilidad; en los segundos se encuentran las percepciones sensoriales, las preferencias, la familia, las aversiones, actitudes, creencias y las emociones (estrés, estado de ánimo, etcétera); y, por último, aunque quizá no sea lo menos, aparece el perfil genético y la homeostasis.¹

Comento lo anterior porque en el 2024 salió a la luz el libro titulado *Una mujer gorda* de Ana Torres Licón² (Ciudad Delicias, Chihuahua, 1982). Se trata de una obra que oscila entre la narrativa y la prosa poética. Incluso la Nota de la autora que precede a los 31 relatos ahí contenidos, forma parte de la autobiografía de una mujer pasada de peso. Ella misma afirma:

“Busqué en el diccionario el significado de obesa: Obesa. adj. Dicho de una persona excesivamente gorda. Es un adjetivo. Un adjetivo con mucho peso. Lo he cargado durante toda mi vida. Por eso usaré gorda en el título de mi libro”.³

A través de un humor entre negro e irónico, la protagonista nos deja ver algunos aspectos de su vida. Nos enteramos en el primero de esos relatos cortos titulado “Perfección”, que “Mi padre se convirtió en un recuerdo; conservo el ropón [de bautizo] como una reliquia, como el vestigio de



su volátil paso por mi existencia”. En ese primer apartado cuyos párrafos inician con la frase “Yo era perfecta”⁴, señala como testigos de ese anterior estado a su madre, al sacerdote y al pediatra, pero al mismo tiempo establece la responsabilidad que sobre la pérdida de tal perfección tuvieron tanto su progenitora como el médico, ya que la primera tenía poca paciencia con su hija y el segundo nunca “reprendió” a la madre por el descuido alimentario de la niña. Y concluye el relato así: “Perdí la perfección con cada gramo de grasa que fui acumulando para protegerme”.

La protagonista remarca el anterior señalamiento sobre la madre al pasar al segundo de los relatos, titulado “Mi mamá me mimá”. Es una de las famosas frases que durante la segunda mitad del siglo XX repetían los infantes de la escuela primaria durante sus ejercicios para dominar la escritura, era el método por sílabas, que iniciaba precisamente con la consonante *m*. Así, Ana aprovecha el conocimiento general del enunciado para desarrollar la idea en esta sección. “Me premia con golosinas. Cuando

¹ María Hernández Ruiz y otros: “Influencia multisensorial sobre la conducta alimentaria: ingesta hedónica”. *Endocrinología, Diabetes y Nutrición*, Año 65, número 2, 2018, p. 116.

² Ana Torres Licón: *Una mujer gorda*. San Salvador, Editorial Ojo de Cuchillo, 2024.

³ *Op. cit.* p. 8.

⁴ *Ibidem*.



obtengo buenas notas me regala confites y galletas. / Yo soy dócil. Amo a mi mamá. No quiero disgustarla. Ella está sola. Me comporto con obediencia. Los pastelitos cremosos son mi recompensa⁵. Y así continúa por el apartado con el mismo tono.

En el siguiente módulo nos cuenta: “No tuve muñecas de niña. Prefería los osos de felpa. Eran más parecidos a mí”⁶. En otro más, “Elefanta”, la voz femenina termina con esta declaración: “¡Elefanta! Ese apodo me hizo amar la zoología y odiar la infancia”⁷.

Terminada la primera década del siglo XXI, Francesca Rigotti publica su libro *La gula, pasión por la voracidad*, con el que pone el dedo en una cuestión innegable: “no puede pecar de exceso quien carece” y “no puede comer hasta el agotamiento quien no tiene para comer”⁸. Por eso la gula fue asociada a un placer de ricos. De ahí que

⁵ *Op. cit.* p. 11.

⁶ *Op. cit.* p. 13.

⁷ *Op. cit.* p. 15.

⁸ Francesca Rigotti: *La gula. Pasión por la voracidad* (trad. Juan Antonio Méndez), Madrid, Antonio Machado Libros, 2014, p. 25.

Rigotti considere la gula de un pecado capital a un pecado capitalista. Así también reflexiona y concluye Suny, la protagonista en la novela *Las propiedades de la sed*: “los libros de cocina que leía no habían sido escritos para las masas hambrientas (¿qué libro de cocina se escribe para ellas?) sino más bien para individuos con tiempo y dinero”⁹.

Sin embargo, aclara Rigotti que en la mundialización “el esfuerzo, la lucha contra las tentaciones, un espíritu de renuncia, una actitud de sacrificio”,¹⁰ son disposiciones de ánimo que hoy son muy difíciles, porque gracias a la aparición de la *fastfood*, “la comida cuesta poco y procurársela requiere un esfuerzo mínimo”¹¹. De ahí que de ser un pecado de los ricos pasó a la numerosa clase media y alcanzó también a los pobres.

Son varios los aspectos que Torres Licón toca en su narrativa: la responsabilidad de los padres para una formación infantil sana; el *bullying* o acoso escolar, es decir, la violencia que unos niños ejercen sobre otros en el ambiente fuera de casa; la repetida falta de la figura paterna en infinidad de hogares; la dificultad de las personas obesas para encontrar ropa a su medida; el desprecio social hacia las mujeres gordas; los grupos de autoayuda; entre otros más.

La narración en primera persona del singular logra la empatía del lector, primero hacia la niña, luego por la adolescente y, finalmente, por la mujer que se sacia “En el buffet”¹², que eróticamente lleva a cabo un “Análisis sensorial del pan”¹³ y que, parada frente a “El refrigerador”¹⁴, abre sus puertas y las descubre como brazos que la acogen.

Una sección con una profundidad inesperada es la titulada “Devoción”. Una vez que esta mujer ha entrado a un templo, su voz narrativa, su voz quasi poética, expresa: “No me parezco a las esbeltas imágenes de las vírgenes reposando serenas en sus nichos. No me parezco a las estilizadas estatuas de las santas que interceden por los mortales. [...] No me parezco a las mujeres que Dios ama. Acudo al templo y descubro la orfandad.”¹⁵

Esta idea se presenta contraria a la idea planteada en Los Salmos: “Si mi padre y mi madre me abandonan, Yahvé me acogerá”.¹⁶ El huérfano es aquella persona, sobre todo muy joven, que ha perdido a su padre, a su madre o a los

⁹ Marianne Wiggins: *Las propiedades de la sed* (trad. Celia Filippetto), Barcelona, Libros del Asteroide, 2024, p. 233.

¹⁰ Francesca Rigotti, *Op. cit.*, p. 173.

¹¹ *Ibid.*, p. 164.

¹² *Op. cit.* p. 37.

¹³ *Op. cit.* p. 39.

¹⁴ *Op. cit.* p. 41.

¹⁵ *Op. cit.* p. 49.

¹⁶ Salmos, 27: 10.



dos. Obviamente, su sentimiento de desamparo, de abandono, puede orillarle o a retraerse y deprimirse o a refugiarse en algo más grande, a buscar un consuelo profundo, duradero.

Ese sentimiento de orfandad no sólo es propiciado por la pérdida de los progenitores o de aquellos adultos que cuidan a los menores, sino también por el rechazo o por el descuido en la relación que se ha tenido con los padres biológicos, lo que puede provocar descalificación, aislamiento, pérdida de identidad. Las palabras de la promesa hecha por Jesucristo a sus discípulos: “No os dejaré huérfanos, volveré a vosotros”,¹⁷ son consoladoras cuando el sentimiento es de total soledad. Dios se presenta como el Padre amoroso, que perdona errores, cuya misericordia le inclina a compadecerse y acompañar al que sufre. Sin embargo, ese desvalimiento, esa soledad, se hacen más profundos en la protagonista de la historia al notar que ella no se parece físicamente a las imágenes que pueblan los templos. Ahí se hace consciente de su orfandad.

“Contra gula, templanza [...] La razón y la voluntad gobiernan los apetitos [...] Es necesario fomentar la moderación”¹⁸ son voces que resuenan en la cabeza de esta mujer. Eso nos remite a lo expuesto por Fernando Savater acerca de “Fue Eliot quien observó que el hombre no

soporta más que dosis limitadas de realidad”¹⁹ y agrega que “el gradual y razonado abandono del sueño infantil de omnipotencia es lo que pretende la educación”²⁰. Resume este filósofo español la disquisición acerca de esa condición de la infancia en que “por ello, por amor a la vida y al placer, es conveniente reflexionar sobre la actualmente desdeñada virtud (y «virtud» es «vigor excelente», no lo olvidemos) de la templanza”.²¹ Y “Templanza” es el título de ese apartado de Torres Licón.

Por otra parte, en la obra hay alusiones a la *Divina Comedia* de Dante, a Doré, Aristóteles y, por supuesto, a algunos textos bíblicos. Además, hay otras secciones que permiten que se les relacione con muy diversos textos y estudios, al modo de las relaciones transtextuales explicadas por Gerard Genette en su obra *Palimpsestos*.

Su escritura es una expresión cuidada, sabe de los recursos lingüísticos para embellecer un texto y los usa; notamos ahí las anáforas, las comparaciones, así como el gran campo semántico que todo lo abarca. En definitiva, este libro de Ana Torres Licón es uno que merece ser leído con atención, que se resiste a una estricta clasificación en un género y que habla de la creación en el norte de México. ■

¹⁷ Juan, 14:18.

¹⁸ *Op. cit.* p. 53.

¹⁹ Fernando Savater: *Diccionario filosófico*. Barcelona, Ariel, 2007, p. 347.

²⁰ *Ibid.*, p. 348.

²¹ *Ibid.*, p. 349.

Margarita Salazar Mendoza (Ciudad Juárez, Chihuahua, 1960). Mexicana, doctora por el Colegio de Michoacán, profesora investigadora de la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez; antologadora de la *Narrativa Juarense Contemporánea* (Archipiélago-UACJ, México, 2009), primer lugar en la categoría de cuento en los XXXVI Juegos Florales (2010). Reconocimiento Estatal como Chihuahuense Destacada por trayectoria dentro de las letras (2016).